

# Prólogo

## A vueltas con la Transición

*Gustavo Alares y Javier Alquézar*

¿Qué fue la transición política española? Sintéticamente podríamos resumirla como un pacto entre los sectores reformistas del régimen y la oposición democrática. En última instancia, un concierto urgente tejido sobre los endeble mimbres de lo posible para alcanzar una salida democrática a casi cuarenta años de dictadura. Quizás por esto, la Transición dejó un importante número de insatisfechos y ha propiciado ambivalentes lecturas.

Durante décadas la transición política se interpretó como una insólita empresa en la que la confluencia de una serie de personalidades excepcionales —Adolfo Suárez o el rey Juan Carlos— habían guiado un proceloso proceso político que, sin grandes traumas,



había concluido en el establecimiento de un sistema democrático equiparable a las democracias europeas. Y todo ello asociado a una voluntad de consenso entre las diferentes fuerzas políticas. España, tras la excepcionalidad de la dictadura, había retornado a la “normalidad” del conjunto de democracias europeas. Se trazaba así un relato optimista sobre una “transición modélica” y un país exitoso —“moderno”, en definitiva—, que en 1992 había alcanzado su cénit con la celebración de las Olimpiadas de Barcelona, la Expo de Sevilla y el V Centenario del Descubrimiento.

No obstante, la crisis económica —y también social, cultural y política— de 2008 contribuyó a socavar esta narrativa del éxito español. La transición política fue un periodo de efervescencia política y cultural, de nuevas esperanzas y de proyectos políticos audaces. Pero fue un proceso doloroso en el que la violencia política y las fracturas sociales estuvieron muy presentes. De hecho, esa visión idílica de la Transición como proceso consensuado y ajeno a la violencia política ha sido puesta en entredicho, ya sea señalando la violencia policial desplegada contra diversos movimientos sociales y políticos, la presencia de la violencia ultraderechista o la lacra del terrorismo, fundamentalmente el protagonizado por la banda terrorista ETA.

Y del mismo modo, la narrativa de la “transición modélica”, que entendía la transformación política como un proceso pautado y programado, ha sido confrontada por la importancia dada a la contingencia histórica. La vieja metáfora de “la nave del Estado” pilotada por un “diestro capitán” (ya fuera Suárez o el rey Juan Carlos) que, sujeto a las pautas de una “hoja de ruta”, guiara al país desde las tinieblas de la dictadura a la claridad de la España democrática parece ya difícil de sostener, subrayándose el carácter tentativo e improvisado del proceso. En definitiva, la transición política fue un proceso complejo e incierto, condicionado en su desarrollo por múltiples factores como la presión de la calle, el contexto internacional o las presiones involucionistas desde dentro del Estado, entre otros.

Porque, al margen de las grandes figuras políticas, la Transición

se construyó desde las calles a través de movilizaciones, asambleas y huelgas. Y también a través del sufrimiento de las víctimas de la represión política y la violencia policial de un franquismo que nunca terminaba de acabar. Porque el desmontaje de un régimen dictatorial como el franquista no fue tarea fácil. Es más, la embrionaria democracia tuvo que lidiar con la persistencia de importantes elementos del antiguo régimen, nostálgicos agrupados en la extrema derecha, pero también insertos en los aparatos de seguridad del Estado o la judicatura. Un peso del pasado que quedó en evidencia en los diferentes intentos de golpe de estado, particularmente, el 23F de 1981.

Un golpe frustrado, que constató los peligros que acechaban a una incipiente democracia y evidenciaron el persistente poder de determinadas fuerzas del pasado. Aunque el esperpento de Tejero resultase fracasado cabría preguntarse sobre los efectos indirectos de la intentona golpista: ¿moderó programas y discursos políticos ante la sombra de los espadones? ¿Condicionó los posibles debates sobre temas fundamentales como la monarquía, las relaciones con la Iglesia católica o la necesaria depuración de ciertos cuerpos y organismos del Estado? ¿Condicionó la posible articulación federal de la nueva España democrática? ¿Bloqueó durante años procesos ya iniciados, como la incipiente dignificación del pasado de las víctimas del franquismo? En definitiva, y pese a su fracaso, ¿el golpe de Estado recortó los posibles horizontes de futuro abiertos tras 1978?

Al margen de los diversos juicios sobre la transición política, desde 1978 (o si se prefiere desde 1982 con el triunfo del PSOE y la consolidación de la España democrática) han transcurrido cuarenta años y surgido nuevas generaciones de españoles. El actual país es muy diferente del de finales de la década de 1970. Las nuevas realidades imponen nuevos desafíos, constatando que, al igual que la vida, la democracia española no es un proceso cerrado.

Por todo ello, sería recomendable no solazarse en los sosegados remansos del conformismo. Como sugiere la actualidad mundial, las democracias son sujetos excepcionales, delicados e imperfectos

y siempre en proceso de construcción. Así que, frente a optimismos injustificados y a modo de advertencia cívica, quizás la conclusión más valiosa sea la de ser conscientes de un peligro persistente: que todos los sistemas democráticos son susceptibles de involución.

Publicamos este libro en 2022, justamente a los cuarenta años del triunfo arrollador del PSOE en las elecciones generales y momento en el que muchos historiadores consideran como finalizada la transición democrática. Del mismo modo, hace también cuarenta años se produjo la aprobación del Estatuto de Autonomía de Aragón. Es buen momento, pues, para hacer balance de lo que han significado ambos hechos para el sistema político y la sociedad aragonesa. Más aún cuando este sistema, nacido de una transición política que se quiso consagrar poco menos que como definitiva, ha perdido hoy confiabilidad entre amplios sectores políticos y sociales.

Pero el propósito de este libro no es tanto un balance desde el presente como intentar dar a conocer el proceso —sus hechos y sus protagonistas, tanto individuales como colectivos— a aquellas generaciones que no los vivieron o que incluso ignoran su existencia. Y todo ello pese a que el actual sistema político en el que —consciente o inconscientemente— estamos inmersos, se enraíza en los años de la Transición. En definitiva, un desconocimiento del pasado que sitúa nuestro presente sobre arenas movedizas, imposibilitando, además —utilizando el eco de Walter Benjamin—, cualquier tipo de redención.

Por estas razones, este libro alberga una vocación eminentemente didáctica y divulgativa, sin renunciar por ello a ofrecer una aproximación amplia y rigurosa del período histórico en cuestión. Así, los autores de los textos que desfilan por estas páginas son o bien personas que estuvieron inmersas en el ambiente de transformación vivido en aquella época, o bien jóvenes historiadores que presentan aquí sus investigaciones sobre alguna de las muchas perspectivas que ofrece la historia de la Transición.

Debido al sentido didáctico del volumen hemos considerado conveniente incluir una serie de anexos. El primero de ellos incor-

pora unas breves semblanzas biográficas de personajes relevantes en la transición política en Aragón, mientras que el segundo ofrece una cronología de hechos significativos de la Transición en el conjunto de España. Por último, incluimos una bibliografía seleccionada que permita al lector interesado profundizar en el estudio de la transición política en España y Aragón.

Por nuestra parte, deseamos que los objetivos propuestos se hayan cumplido y no podemos dejar de agradecer la buena disposición y el esfuerzo realizados por los autores y múltiples colaboradores que han participado en las jornadas sobre la Transición, que el CELAN ha celebrado a lo largo del mes de noviembre de 2022 en Andorra, en cuyo seno se acoge la publicación de la publicación que el lector tiene entre manos.